

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE FEBRERO DE 1888.

NÚM. 167.



## CURIOSIDAD.

Tenia un padre dos hijos y tres hijas, todos, como suele acontecer, algo traviosos y muy curiosos. Era en los meses de invierno, y buscando el calor se marchaban á jugar á la cocina, donde no cesaban de molestar á su madre. El peor de ellos, Juanito, como no encontrára en aquella habitacion juguete alguno, cogia el fuelle para bromear á sus hermanas, echándoles aire en la cara. Un dia, en que la madre no se encontraba en casa, ocurriósele á Guillermo, que era bastante aplicado, la idea de preguntar por el mecanismo del fuelle.

«¿Por qué echa aire?» dijo Guillermo, despues de un momento de observacion.

«Soplará alguien dentro,» respondió con resolucion Margarita, como si lo hubiera adivinado.

«¡Soplar alguien!» dijo Juanito, «já, já, valiente ocurrencia; encogido habria de estar para caber.»

«¿Y si es liliputiense?» dijo Frida, defendiendo la opinion de su hermana.

De este modo continuó una discusion que duró largo rato, hasta que opinaron todos por romper el fuelle; y dicho y hecho, Juanito con un cuchillo, y rodeado de todos sus hermanos, que le observaban con gran atencion, abrió el fuelle.

«¡Ah!» exclamaron todos al ver que nada contenia dentro; y despues de un momento Guillermo dijo:

«Nada, no me convenzo, esto debe tener algun misterio. ¡A ver!» dijo á

Juanito, que con risa burlona celebraba el chasco que se habian llevado; «á ver, sóplame en la cara.» Juanito quiso hacerlo y el fuelle no soplabá.

Un pensamiento de Margarita vino á amargar la alegría de Juanito. «¿Qué dirá mamá?» dijo la niña: todos se quedaron sobrecogidos y trataron de arreglar el fuelle; pero sus esfuerzos fueron vanos; era necesario dejarlo así, y la madre lo habia de ver.

Ya se encontraban arrepentidos de haber roto el fuelle. «Si lo hubiéramos preguntado,» se decian mutuamente.

En efecto, sus temores no eran infundados. Su madre los castigó, y además no les daba azúcar en el café hasta que hubieron economizado bastante dinero para pagar al guarnicionero que tuvo que reparar el fuelle.

Aquí teneis, amiguitos, un ejemplo de donde poder aprender; pues lo que á estos niños aconteció con el fuelle, nos sucede á muchos en la vida; que, arrastrados por nuestra curiosidad, empleamos con frecuencia medios violentos; más nos valiera preguntar á quien pudiera ilustrarnos. Antes de hacer las cosas, debemos pensarlas mucho. Hechas, ya no tienen remedio.

---

 EL ULTIMO PAN

 DEL PASTOR FLATTIG.
 

---

En tiempo de una gran hambre, el pastor Flattig distribuia pan entre los necesitados, y todos los dias muchos po-

bres se alimentaban á su mesa por la bendición de Dios. Es verdad que su provision de grano se acabó más pronto que el hambre, y cuando la última porcion fue enviada al molino, desde allí á la tahona y luego á la despensa, y tambien desde allí la mayor parte habia ido



á manos de los hambrientos, una mañana la hija mayor subió al estudio del padre, diciendo: «Padre, otra vez han venido pobres niños que piden pan; pero ¿qué he de hacer, si apenas queda para nosotros?» «¿Cómo?» replicó el pastor, «¿no hay ya ningun pan en casa?» «Sí,» dijo la hija, «un resíduo escaso de pan de ayer, y además nuestro último pan. Pero eso no bastará para mañana, y grano ya no tenemos.»

«Mira,» dijo el pastor, «todavía tienes más de un pan entero y ya dices: «No hay pan.» Anda y da á los niños como ántes. ¿No está escrito: *El ojo del Señor mira á los que le temen, á los que esperan en su bondad, para salvar sus almas de la muerte y alimentarlos en el hambre?* Ó ¿no está escrito: *nuestra alma espera en*

*el Señor; El es nuestra ayuda y nuestro escudo?* Pues esperemos en el Señor y se verificará lo que él ha dicho, que nos alimentará en el hambre.»

La hija se va y da (porque el dar es su gozo), pero no puede ménos que reflexionar de donde el padre sacaria más grano.

Mientras que el padre estaba sentado tranquilamente en su cuarto y ocupado en su trabajo, entra una vecina rica. «Señor,» le dice, «probablemente su grano de V. se habrá concluido, porque con admiracion he notado que muchos pobres piden en su casa y que todos reciben. He dicho ya á mi marido varias veces: Debemos retener algunas fanegas para nuestro pastor, porque le hará mucha falta. Por tanto, si V. necesita grano, envíe á buscarlo á nuestra casa cuando quiera. Si otro año recolecta más trigo, puede V. devolvérselo.»

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Cuando la niña hubo terminado, el padre se dejó caer en la almohada dando un gran suspiro.

No sabia qué pensar. Sin duda, Pequeña Madre jamás habia mentido. Pero su historia era tan extraordinaria, y además, ella nunca habia pasado antes por una miseria tan grande; la tentacion habia podido ser demasiado fuerte para ella. Su gran debilidad le impedia coordinar bien sus pensamientos y darse cuenta de todo para juzgar; nada veia

claramente en su espíritu, pero se decía que todo el mundo acusaba á Pequeña Madre, y él mismo no tenía la certidumbre de que no fuese culpable.

Dejó escapar un gemido.

Pequeña Madre comprendió que su padre dudaba de ella.

«Padre,» exclamó con una voz llena de angustia; «tú me crees, ¿no es verdad? dí que me crees.»

El enfermo no respondió.

Las palabras más duras no hubieran hecho á la pobre niña más daño que este silencio.

«¡Padre, dí que me crees!» repitió con voz desesperada.

Siempre el mismo silencio. El enfermo había cerrado los ojos; se sentía demasiado débil para pensar y para tener una idea clara. Pequeña Madre creyó que se había puesto peor y llamó á la hermana. Esta encontró á su enfermo tan débil y tan agitado, que no quiso permitir á los niños que se quedaran más tiempo cerca de él.

«Podeis volver el jueves,» les dijo; «entonces se hallará más fuerte, y en estado de veros; por hoy es bastante; necesario es que os vayais, hijos míos. No te aflijas, hija mía, estás toda temblorosa. Se diría que has tenido una enfermedad desde el jueves. Ven conmigo, y tomarás una gota de vino que te dé fuerzas para volver.»

Pequeña Madre bajó la gran escalera con el corazón mucho más pesado que cuando la había subido, y sin embargo su padre estaba mejor; les había mira-

do, les había hablado. Pero él, él también había podido creer que ella era una ladrona! ¡Oh! ¿cómo podía él creerlo? Su corazón se rompía pensando en esto.

Y después, ¿de qué manera había cambiado, cuán débil estaba! ¿se pondría otra vez tan bueno como antes? ¿volvería á su casa? ¿volvería á emprender su trabajo y volver á vivir juntos? ¿serían todavía dichosos, aunque él no tenía ya confianza en ella?

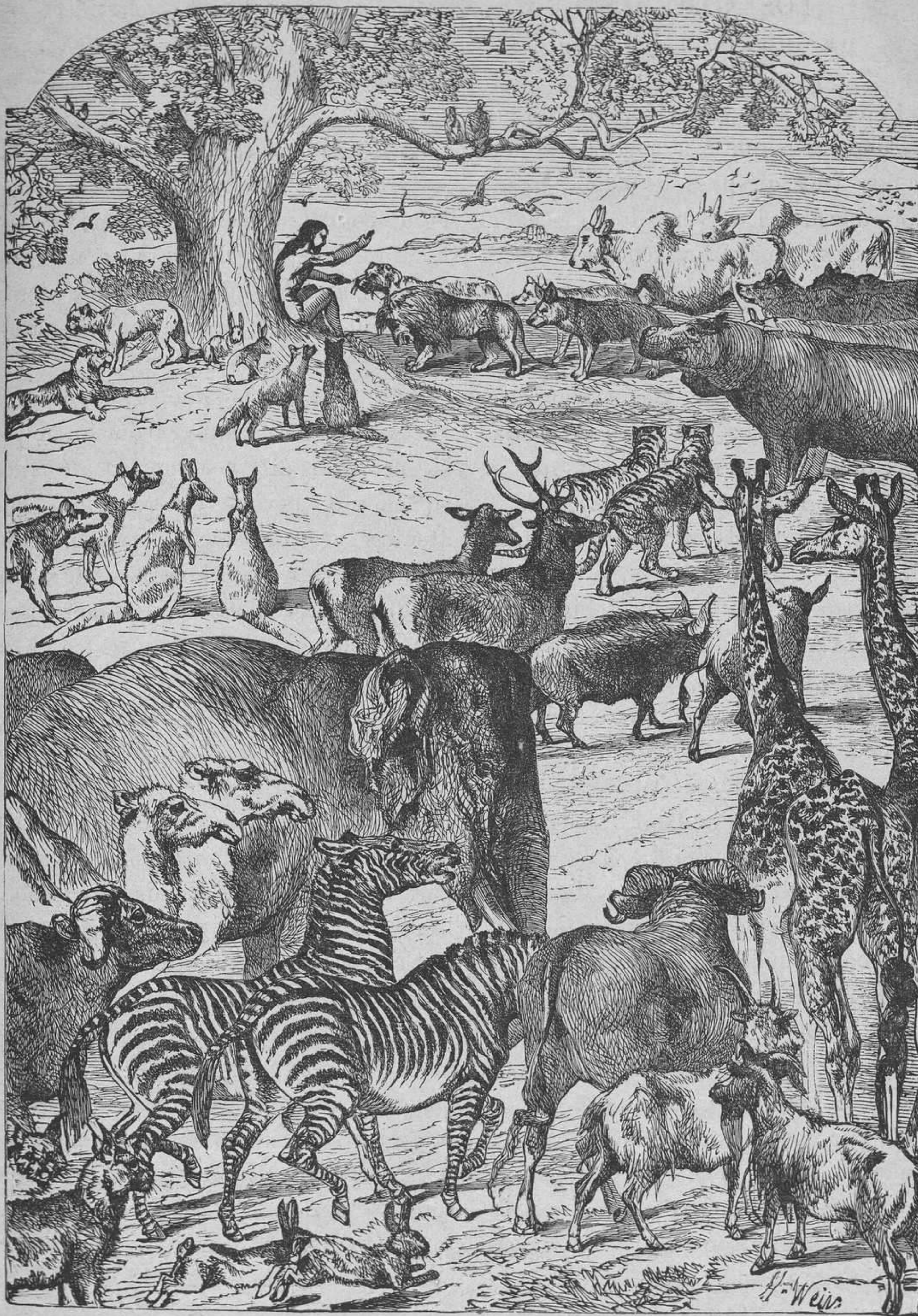
Perdida en sus pensamientos, Pequeña Madre no pudo notar que Carlos la había hecho tomar el camino que habían seguido la última vez, un camino que les alejaba un poco de la casa. No se veía el globo, pero se apercibió de que se hallaban justamente en el sitio donde la señorita los había encontrado. Cansada, se paró y se sentó sobre un tramo de una escalera.

«¡Ah!» pensó; «si la volviésemos á encontrar.....»

Carlos no decía nada. Había reconocido bien el sitio y miraba atentamente alrededor de sí, como para grabar todo lo que veía en su memoria. Tenía una fisonomía pensativa y meditabunda, que no le era habitual.

¡Cuánto tiempo necesitaron para volver á la casa! ¡Cuántas veces se sentaron los niños en un banco, cuando lo encontraban, ó en un escalon de una calle tranquila! ¡Cuántas veces pensó Pequeña Madre: «Si tuviera tan sólo una gota de agua, tengo tanta sed!» ¡Cuántas veces se apoyó sobre la pared para no caer!

*(Se continuará.)*



## LOS NOMBRES

DE LOS ANIMALES.

Representa nuestra lámina, amiguitos, el encargo que Adam habia recibido, cuando Dios, despues de haber creado y organizado el universo todo, le habia hecho á su imágen y semejanza, para que se enseñorease de la obra de sus manos. En virtud de esta posicion le habia mandado dar nombres á todos los animales de la tierra; y efectivamente, vemos llegar una á una todas las bestias precedidas de su rey, el leon, que se acerca con la señora reina, la leona, á humillarse ante el emperador de todo lo creado.

¡Qué grandioso y feliz debia ser el estado de Adam en la tierra, palacio que Dios crió para que la habitara, dándole todos los bienes que pudiera apetecer! ¡pero cuán pronto destruyó su felicidad, sin conocer el valor de su estado! Desobedeciendo el mandato de Dios, descendiendo, de rey del universo á esclavo de sus pasiones. Desde entónces viven los hombres sujetos á la muerte, como dijo Dios; con el sudor de su rostro han de comer su pan. (Génesis 3, 19.)

Sólo ha habido un hombre desde entónces, que no haya tenido mancha de pecado, el cual es Jesus, que fue crucificado por nosotros, para devolvernos el estado en que Dios colocó á nuestro padre Adam. Y el profeta ve ya en el Espíritu aquel glorioso reino de paz, donde el leon y el buey pacerán juntos, y el oso y el cordero vivirán en armonía.

Ahora seguidme con vuestros ojos y con vuestros dedos en la lámina, si encontráis allí todos los animales que voy á nombrar:

Ahí están SS. MM.; síguenlas el lobo y la loba, que tambien bajan la cabeza, como rindiéndose al poder del hombre; á la derecha se encuentran el zorro y la zorra, que con astucia atenta escuchan á Adam poner nombre á los animales; los búfalos, los osos, el rinoceronte y el hipopótamo, todos esperan vez para colocarse ante su dueño. A ver si encontráis al rinoceronte ó al ménos su cuerno, porque quiero que sigais atentamente la relacion que hago. Tambien los tigres esperan impacientes, y el jabalí y el cerdo parecen atemorizados por la solemnidad del acto; no así el reno y las girafas, que con el pescuezo erguido parecen querer darse importancia; detrás de estas últimas están las cabras, que con la cabeza tan ligera como las piernas, y hallándose impacientes y fastidiadas, están deseando acabar, para salir corriendo; lo mismo sucede á las cebras, que sólo piensan en correr; el elefante se admira, y si no tan admirados, con mucha más curiosidad se encuentran los kanguros y los perros; los conejos con sus juegos, no atienden á nada, y la pantera, tirada detrás del hombre, piensa, ansiosa de poder, el modo de hacerse más grande que él; el perezoso leopardo no hace nada. A ver, ¿quién me cuenta el número de los animales que se ven en nuestra lámina?

Todos estos, y muchos más puso

Dios en la tierra para el servicio del hombre, y causa pena el saber, que por el pecado de Adam, perdiéramos nosotros mucha de esta grandeza y poder. Sin embargo, el hombre ha de cumplir aún hoy día el precepto de llenar la tierra y de sujetarla; y sintiendo esto lees con tanto gusto las historias de los viajes y exploraciones en las regiones desconocidas.

---

### ANÉCDOTA.

---

Filipo, rey de Macedonia, cayó un día del caballo cuando se estaba ejercitando en el campo, y mirando muy pensativo la forma de su cuerpo impresa en la tierra, dijo á su escudero:

«¡Oh Hércules, cuán poca tierra basta para un hombre y en qué poco depende su existencia, y sin embargo, somos naturalmente tan codiciosos, que deseamos ser dueños del mundo!»

---

### LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

---

La pobre pequeña era valiente, y cuando el insoportable dolor de cabeza que tenía se calmaba un poco, reconcentraba sus fuerzas y se volvía á poner en marcha. Llegada á su habitacion, no pudo desnudarse y se tendió sobre la cama. Allí se sentía un poco mejor. Era un gran alivio para ella estar en casa y poder estar tranquila; pero cuando ha-

cía un movimiento, le parecia que su cabeza se iba á partir.

«Pequeña Madre,» dijo Cárlos al cabo de un momento, «levántate, vamos á comer la sopa, yo tengo hambre.»

«Vé solo, querido mio; yo quisiera dormir un poco.»

«No, es necesario que vengas tú,» respondió el pequeño muchacho. «Vamos, levántate, tú has descansado bastante ahora.»

La niña intentó levantarse, pero cuando hubo puesto los pies en el suelo todo le andaba alrededor.

«No puedo, Carlitos, déjame volver á acostarme. No puedo tenerme en pie.»

«Yo quiero que vengas,» respondió el pequeño obstinado.

Y tirándola de un brazo, Pequeña Madre, que no tenía fuerza para resistir, cayó sobre el suelo, donde se quedó inmóvil.

Carlitos la llamó, la tiró, la sacudió. Cuando vió que no respondía, que estaba inmóvil y yerta, tuvo miedo y bajó la escalera, dando fuertes gritos.

En el primer piso encontró á la señora Perlet, y le dijo:

«¡Pequeña Madre ha muerto!»

Cuando la portera entró en la habitacion creyó un instante que era verdad; pero al levantar á la niña para ponerla sobre la cama, sintió que su corazón latía débilmente y envió al muchacho á buscar vinagre. Media hora más tarde, la niña volvió en sí, y desnudada y acostada, aseguró que no tenía ningun mal.

«Solamente un poco en la cabeza, pero esto no es nada,» dijo.

La buena portera la abrazó, dejándola.

«Vamos,» le dijo, «mañana estarás buena.»

Pequeña Madre le dirigió una profunda mirada, diciéndole: «Gracias.»

Habia una pregunta suplicante en sus ojos, pero la señora Perlet no la comprendió. Viendo la niña tan mala, habia olvidado la acusacion que pesaba sobre ella, pero Pequeña Madre la habia recordado, desde que tenia conciencia de sí misma. A media noche, Carlitos despertó sobresaltado. Hacía una luna clara, y la ventana sin maderas y sin cortinas dejaba entrar á ondas la luz blanca y trasparente. Pequeña Madre sentada sobre la cama hablaba y hacía gestos. Carlitos se asustó al verla así, porque su voz era mucho más alta que de costumbre, y parecia muy excitada.

«Cárlos,» dijo ella, «no les digas que nosotros tenemos una pieza de oro, porque dirán que la he robado. Escóndela bien. Padre cree tambien que yo la he robado, padre tambien, padre tambien. Míralos, todos están allí, me señalan con el dedo y dicen: Ladrona, ladrona. El gato sabe que esto no es verdad, y lo ha dicho á la anciana señora. El buen Dios tambien lo sabe, pero no quiere decirlo á ellos. Y yo no sé donde él está. ¡Oh! Carlitos, es preciso encontrarle para pedirle que se lo diga. ¿Entiendes tú? es preciso encontrarle. ¿Por qué nadie nos

quiere decir donde está? Es necesario encontrarle.»

Se calló un momento; despues se puso á suspirar diciendo:

«¡Oh Carlitos, no me pegues! me haces mucho daño; no es culpa mia que no pueda ir contigo. Mira, mis piernas parecen de piedra ahora, y no puedo andar. Carlitos, no te enfades, no puedo, quisiera poder llevarte, pero no tengo fuerzas.»

«Pero no te hago daño,» gritó Carlitos estupefacto, «no te pego, Pequeña Madre, no quiero que tú me lleves. Nosotros estamos en nuestra cama. No me hables así, me das miedo.»

Pequeña Madre no parecia comprenderle, pero ella se callaba cuando le hablaba.

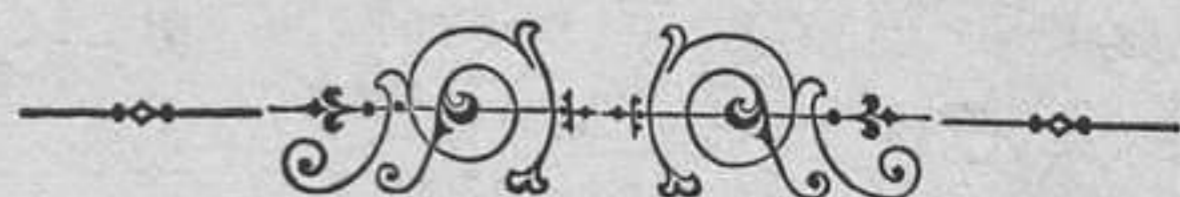
La niña volvió á hablar con una voz ménos lastimosa:

«¡Ah! ¡Hé aquí á la cabra; quiere toparte, Carlitos, huye. Ved que no le he cogido la cruz de oro; la tiene la cabra al cuello!»

Y la enferma se echó á reir.

Carlitos no comprendia nada. Miraba á su alrededor, asustado, esperando ver lo que su hermana veia. Cuando le oyó hablar de la cruz de oro al cuello de la cabra, no pudo por ménos de reir como ella.

*(Se continuará.)*





(Del uno al otro polo.)

1. Del frí-gi-do Pi-re-ne Al Cal-pe ne-bu-lo-so Del Ta-jo cau-da-

lo-so Al fér-til Gua-dal-viar, Del E-van-ge-lio San-to La

dul-ce voz re-sue-ne; De paz y go-zo lle-ne Las al-mas sin ce-sar.

2.

Las sombras disipando  
De todos los errores,  
Esparza sus fulgores  
Cual esplendente luz:  
Y anuncie á los mortales  
Que borra su pecado  
El que menospreciado  
Murió sobre la cruz.

3.

De vanos simulacros  
Húndanse los altares  
Que levantó á millares  
La humana ceguedad;  
Del hombre con fe viva  
El culto reverente  
Se rinda solamente  
A la Divinidad.



4.

No más profanos ritos,  
No más supersticiones;  
A Dios los corazones  
Pues Suyos son, se den;  
Del Hijo sacrosanto  
Venere el dulce nombre;  
Que en Él encuentra el hombre  
Salud, reposo y bien.

5.

¡Señor! la mies es mucha,  
Son pocos los obreros.  
Levanta misioneros  
En esta Tu nacion:  
Hasta que Tu Evangelio  
Resuene por do quiera,  
Y obtenga España entera  
De Tí la salvacion.

J. B. CABRERA.

## ESOPO EL FRIGIO.

ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

¿No parece extraño que los hombres que más han contribuido al progreso del género humano, los hombres que más honran al pueblo que los vió nacer, no hayan encontrado encomiadores, ni tan siquiera biógrafos; mientras príncipes tiranos, mientras guerreros sanguinarios y salvajes han encontrado quien trasmita á la posteridad su vida tan pródiga de horrores? ¿No es una mengua para la humanidad, que se llama sabia á sí misma, que sepamos á ciencia cierta de las devastaciones de Atila y las piraterías de Barbaroja, é

ignoremos casi completamente las más importantes acciones de Homero, de Cervantes y de Esopo?

Nada más cierto y nada más comun. Es uno de los tristes privilegios de que el genio goza. Vivir en lucha continua con sus semejantes, que no gustan de ver sacados á plaza sus defectos por los sabios, y morir sin una lágrima de reconocimiento, sin un aplauso y á veces sin una página de la historia.

Homero y Esopo, esos dos genios que han merecido excepcional renombre, no han sido evocados por esa caterva de biógrafos modernos que han sentado en los cementerios sus reales, y eso que Homero, padre de los buenos poetas, y Esopo, padre de los fabulistas, en mi opinion debieran colocarse en el número de los sabios griegos tan celebrados, porque los dos enseñaron la verdadera sabiduría y la enseñaban mejor que los otros, sin reglas, sin silogismos y sin definiciones.

Cierto que han escrito algunos la vida de estos grandes hombres, pero los entendidos de nuestros tiempos las tienen por fabulosas, sobre todo la que de Esopo escribió Planidio.

Debemos, sin embargo, tener presente, que, cuando Planidio vivía, se cultivaban con esmero los estudios griegos y habria recogido de buenas fuentes las noticias que nos cuenta.

Aparte de las inverosimilitudes y las trivialidades en que incurre, me parece el biógrafo más merecedor de crédito.

Esopo era frigio, natural de una al-

dea llamada Amonium. Nació en la quincuagésima séptima olimpiada, como doscientos años ántes de la fundacion de Roma.

Difícil fuera decir si debió mucho ó poco á la naturaleza, que al dotarle de sobrenatural talento, le hizo tan feo y deforme, que apenas tenia figura humana, sobre tener en la lengua un impedimento físico que le estorbaba para hablar. Aunque no hubiera nacido, como nació, esclavo, con estos defectos tal vez no hubiera ocupado un puesto entre los grandes hombres de su tiempo, pero debemos decir que su alma fue siempre libre.

Su primer dueño le encomendó la labranza de los campos, ó porque le creyó incapaz de otras tareas, ó porque no quiso tener en su casa y en su presencia á todas horas un ser tan desagradable.

Sucedió, pues, que le regaló un dia uno de sus arrendadores unos higos que le agradaron de tal manera, que mandó á su criado Agotopo llevárselos despues del baño. Quiso el azar que Esopo tuviese que abandonar los campos aquel dia, y aprovechándose Agotopo de tan buena coyuntura, se comió con sus compañeros todos los higos, culpando á Esopo, en la creencia de que no podria justificarse. Los castigos que daban á sus criados los antiguos eran crueles, y esta falta de las mayores. Postróse Esopo á los piés de su señor y dándose á entender lo mejor que pudo, le pidió por toda gracia que retardase por un

instante su castigo. Concedido que le fue, corrió á buscar agua caliente, la bebió en presencia de su señor y con meterse los dedos en la boca, arrojó cuanto en el estómago tenia. Ni el menor rastro de higos. Justificado así, pidió por señas que se obligase á sus acusadores á otro tanto, y como su dueño por curiosidad aprobó aquella feliz idea, viéronse descubiertos por el idiota y recibieron el merecido galardón de sus calumnias y de su golosina.

*(Se continuará.)*

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«Sueña,» se dijo, «pero ¡qué gracia! tiene los ojos abiertos, y sin embargo, parece que no ve. Pequeña Madre, Pequeña Madre, despiértate. No está la cabra aquí, tú sueñas y me has despertado, eres muy egoista, yo dormia muy bien. Ahora acuéstate tranquila.»

Estas palabras fueron entendidas hasta cierto punto por la inteligencia de la pobre niña, quien al observar que habia despertado á su hermano, se acostó dulcemente, y se estuvo tan quieta como le permitia el violento acceso de la fiebre, de la cual era presa. Carlitos se dejó caer en la cama y se volvió á dormir.

Cuando la portera vino por la mañana para saber noticias, vió que la niña realmente estaba muy mala. La de-

bilidad y el abatimiento habian sucedido á la fiebre, y Pequeña Madre apenas podia salir de su estado para responderle. Pero su instinto triunfó todavia de su extremada debilidad.

«¡Carlitos...!» dijo á media voz, y echando una mirada ansiosa sobre su visita.

«Yo tendré cuidado de él, no te inquietes.»

«Pero si se queda aquí, adquirirá mi enfermedad.»

Le fue necesario un gran esfuerzo para pronunciar estas palabras.

«Nosotros lo llevaremos á nuestra casa,» respondió la señora Perlet, tocada de esta solicitud.

La niña volvió á cerrar los ojos con señales de cansancio, pero tambien con una sonrisa de agradecimiento.

«Vamos á hacerla llevar al hospital,» decia un momento despues la señora Perlet á la dueña del gato, á quien daba las noticias, y á la que habia encontrado ya levantada.

«¡Al hospital!» repitió la anciana señora.

«Pues ¿qué he de hacer? no tengo tiempo para cuidarla, y además tendremos que dejar la casa durante algunos dias.»

«¡Y bien!» repitió la señora Carlos, «dejádmela, yo me encargo de ella.»

«¿De verdad?» preguntó la señora Perlet con acento de duda; «¿usted quiere hacer eso?»

«Sí, soy una buena enfermera, y entiendo de eso; en mi tiempo he teni-

do ocupaciones de esa clase. Esta pequeña me ha cuidado tan bien como puede hacerlo un niño de su edad; mientras ella esté enferma y yo esté un poco buena, no la dejaré ir al hospital.»

## XVII.

Nadie hay como las gentes pobres para saber que nada es imposible. La señora Perlet habia encontrado un lugar para Carlitos en la pequeña habitacion detrás de la portería, donde los niños dormian juntos. Acostarse tres en una pequeña cama, apenas suficiente para uno, no era cosa de cuidado. Carlitos estaba acostumbrado á estar más ancho, daba golpes á diestra y á siniestra; obligaba á su vecino de la derecha á escurrirse fuera de la manta, y á su vecino de la izquierda á pegarse á la pared; mas aun así dormian bien, el uno sobre el borde del lecho, el otro apretado á la pared. Carlos reinaba, pues, como señor en esta cama que se habia apropiado, y dormia «como un rey,» decia la señora Perlet. Tal vez hubiera sido más justo decir que dormia como un muchacho rollizo de cinco años.

La señora Perlet le habia mandado no volver á la habitacion del cuarto piso, diciéndole que Pequeña Madre tenia necesidad de estar bien tranquila.

*(Se continuará.)*





## CARTAS Á LOS NIÑOS.

UNA VISITA Á LA TIERRA SANTA.

### I.

Mis queridos amiguitos: Voy á contaros algo de mi visita á la Tierra Santa ó sea la Palestina, donde fue escrita la Sagrada Biblia, y donde nuestro querido Salvador vivió y murió.

Tuve que viajar 8.000 kilómetros ántes de poder contemplar la Santa Ciudad de Jerusalem, donde Jesucristo *llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.*

Nunca olvidaré aquella hora cuando por primera vez ví Jerusalem; era el primero de Diciembre de 1886. Aunque ya era invierno, este era tan apacible como un dia de Mayo.

Venia viajando con algunos compañeros desde Bethel hacia el Sur, cuando, llegando á la cumbre de una colina, se presentó de repente á nuestra vista la Santa Ciudad, donde tomó Jesus á los niños en sus brazos y los bendijo, y donde murió en la cruz para salvarles. Casi sin saber lo que hacia, me quité el sombrero y me dije á mí mismo en alta voz: ESA ES LA CIUDAD DONDE JESUS MURIÓ POR MÍ. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y sentia en mi corazón no haberle amado más y no haberle servido mejor.

## II.

Durante mi estancia en Jerusalem visité todos los puntos de interés, tanto en la ciudad como en sus contornos. Un día por la mañana monté mi buen caballo siriaco y fuí á visitar «las tumbas de los reyes.» En el camino observé á una pequeña distancia hacia el Norte lo que parecia ser un gran monton de tierra. Pero no tenia color de tierra comun, y nada, absolutamente nada crecia sobre él. Me apeé, y tomando una porcion en mis manos, descubrí que era muy parecida á ceniza. No podia entender de donde habia venido esa enorme cantidad de ceniza, de modo que me dirigí al guía que nos acompañaba, pidiéndole informes. Nos dijo que habia estado allí por muchos centenares de años, y que eran las cenizas de los animales quemados en sacrificio sobre el altar del templo. Pues sabeis, amiguitos

mios, que por mil quinientos años antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo á este mundo, todas las mañanas á las nueve, y todas las tardes á las tres, se ofrecia un cordero en sacrificio sobre el altar del templo. Contemplando aquella ceniza no pude ménos de pensar en la causa de todos aquellos sacrificios.

Sin duda los niños de aquellos tiempos se extrañarían contemplando esos sacrificios hechos dia tras dia. Es casi cierto que cuando veian al Sumo Sacerdote tomar un inocente corderito, quitarle la vida y ponerlo sobre el altar para ser quemado, preguntarian á sus padres: «¿Qué significa todo eso?» Me parece que los padres contestarian en estos términos: «¡Ah, hijito mio, eso es para enseñarnos cuán horrible cosa es el pecado, y que la ley de Dios es tan santa que requiere que el pecado sea castigado de muerte! pero nos dice tambien que viene Uno á morir por los pecados del mundo, á saber el gran Mesías. Él viene á morir por los pecadores, que han quebrantado la santa ley de Dios.»

De modo que veis que las personas que vivian antes de los tiempos de Jesucristo, podian salvarse por medio de Él tanto como los que viven en nuestros dias.

---

## MEJOR QUE ESO.

---

Al emperador José II no le gustaban ni la representacion ni el aparato, como lo prueba el siguiente hecho que se

complacia en citar. Un día en que vestido con una sencilla levita abrochada, y acompañado de un solo criado sin librea iba en un carruaje de dos asientos que él mismo conducía, á pasearse de mañana por los alrededores de Viena, sorprendióle la lluvia cuando se disponía á regresar á la ciudad.

Estaba aún bastante distante de esta, cuando un hombre que venía á pie y que también regresaba á la capital, hizo señas al conductor de que se esperase, lo que José II hizo al momento.

«Caballero,» le dijo el militar, (hay que advertir que este era sargento) «¿sería una indiscreción pedirnos un sitio á vuestro lado? Creo que no os molestaría demasiado, puesto que estais solo en vuestro carruaje, y de este modo yo podría poner á cubierto de la lluvia mi uniforme, que hoy por vez primera me he puesto.»

«Preservemos vuestro uniforme, valiente; y colocaos ahí. ¿De dónde se viene?»

«Ah!» dijo el sargento, «vengo de casa de un guarda-bosque, amigo mío, donde he comido magníficamente.»

«¿Se puede saber qué es eso tan bueno que allí habeis comido?»

«Adivinad.»

«¿Qué sé yo? ¿una sopa de cerveza?»

«¡Buena es esa! ¡una sopa! mejor que eso.»

«¿Choucroute?» (1)

«Mejor que eso.»

(1) Berza ácida. Nombre de un plato de Alemania hecho con lo mismo.

«¿Un trozo de ternera?»

«Os digo que es mejor que todo eso.»

«Por vida mía, no puedo ya adivinar,» dijo José.

«Un faisán, hombre de Dios, un faisán muerto en los cotos de S. M.,» le dijo su camarada dándole golpecitos en el hombro.

«¡Hola! ¿conque un faisán muerto en los cotos de S. M.? No debía estar del todo malejo.»

«De eso yo doy fe.»

Como se aproximaban á la ciudad y la lluvia seguía cayendo, José preguntó á su compañero, en qué barrio habitaba y dónde quería apearse.

«Caballero, es demasiada vuestra bondad; yo temo abusar de...»

«No, no,» le dijo José; «¿cuál es vuestra calle?»

El sargento, dando las señas de su habitación, deseó conocer á aquel de quien tantas bondades recibía.

«Adivinadlo á vuestra vez,» le dijo José.

«¿Usted es militar sin duda?»

«Lo habeis acertado.»

«¿Alferez?»

«¡Buena es esa! ¡Alferez! mejor que eso.»

«¿Capitan?»

«Mejor que eso.»

«¿Coronel sin duda?»

«Mucho mejor que eso.»

«¡Diablo!» dijo el otro replegándose en su asiento, «¿sereis acaso Capitan General?»

«Más que eso.»

«¡Ah Dios mio! ¿sois entónces el emperador?»

«El mismo,» le dijo José desabrochándose para enseñarle sus condecoraciones.

No habia medio de caer de rodillas en el coche; el inválido se confunde en excusas y suplica al emperador detenga el caballo para poderse apearse.

«No,» le dijo José; «después de haber comido uno de mis faisanes, seriais demasiado feliz si pudiéseis desembarazaros de mí tan prontamente; quiero que no me abandoneis hasta la puerta de vuestra casa.»

Y efectivamente allí le hizo apearse.

## LA PEQUEÑA MADRE.

(Continuacion.)

El primer dia estuvo bien, hasta que llegó la tarde. La novedad, el placer de estar con otros niños, los pequeños servicios que él pudo prestar en la casa, hacíanle pasar el tiempo. La portera subió tres veces en el dia para ver cómo iba la pequeña enferma. ¡Ay! á cada visita el mal parecia haber aumentado. La señora Cárlos hablaba de llamar á un médico, pero ¿quién pagaria la visita? Esta era una gran cuestion, á la cual nadie podia responder, y esperaban.

Era todavía de dia, cuando Cárlos se aprovechó de una corta ausencia de la señora Perlet para subir al cuarto. Escuchó un momento á la puerta y no oyó nada. Enseguida entró, pensando

que sin duda iba á encontrar á su hermana preparada á sonreir como de costumbre; pero ella le miró sin parecer verle y no le habló. Sin embargo, tenia coloradas sus mejillas, estaba mucho más colorada de lo que le era habitual. Sus ojos, muy abiertos, estaban brillantes; ya no debia estar enferma. Cárlos se aproximó á ella y tocó su mano, que jugaba febrilmente con la colcha.

«Pequeña Madre,» dijo él, «devántate, yo me disgusto sin tí. ¿Por qué te quedas así en la cama?»

La enferma no respondió. Ella le miró con ojos siempre fijos, que le hacian tener miedo.

«Pequeña Madre,» repitió él, «tú no debes dejarme solo, tú debes tener cuidado de mí. ¿Has oido? ¡levántate!»

¿Habia ella comprendido? Sus labios temblaron, una luz de inteligencia brilló en sus ojos; ella ensayó á levantarse, y preguntó:

«Cárlos, ¿has comido?»

«Sí. La señora Perlet me ha dado de comer.»

«¿Es que hace mucho tiempo que yo estoy enferma?»

«Sí, tú me has dejado solo todo el dia. La señora Perlet dijo que era necesario dejarte tranquila, pero yo no quiero. Yo quiero que te levantes y que tengas cuidado de mí; tú no estás enferma ahora.»

(Se continuará.)